

Concha Roldán

La medicina es amar

Poco antes del comienzo del segundo homenaje a las víctimas de la covid-19 y a los profesionales sanitarios, entrevistaron a una médica, hija de uno de los médicos que murieron como consecuencia de estar en primera línea con los enfermos. Dijo unas palabras ya pronunciadas en un homenaje a su padre. «Honremos la memoria de los que ya no están haciendo aquello que sabemos hacer, y es que la medicina es amar para que otros puedan vivir. Así que logremos transformar nuestro dolor en un sentimiento más grande y hermoso, el amor de los unos por los otros, por nuestros pacientes y por nuestra profesión».

Al igual que sucedió en el primer homenaje a las víctimas y a los sanitarios, el acto del jueves fue muy solemne y emotivo, en el que se escucharon palabras fraternas que ya nos gustaría que fueran de algunos que se dedican a la política para fines distintos de los que corresponden. El año pasado, una enfermera cerró su sentida intervención diciendo: «Hemos vuelto a entender, quizá mejor que nunca, por qué elegimos esta profesión, por cuidar y salvar vidas, aunque muchos compañeros tuvieran que perder la suya para ello».

Palabras como «no pensar solo en uno mismo», «estar por los demás», «ser todos responsables con la salud pública», «pensar y hacer posible la salud de todos», «respetar las normas en beneficio de la colectividad», «garantizar la dignidad de las profesiones sanitarias», «los muertos no son números, son una tragedia familiar irreparable», «es fundamental estar unidos» y tantas otras que se escuchan en estos actos parece que deberían ser algo de puro sentido común, al menos en una pandemia como la que seguimos viviendo. Sin embargo, hemos comprobado que, ante un problema de salud pública tan grave, en lugar de caminar juntos en una misma dirección y dejar el enfrentamiento político para otros temas que no tengan que ver con la enfermedad y la muerte de miles de personas, se ha optado por la crispación y por dificultar, incluso impedir, los acuerdos.

Una cirujana, hija de otro médico fallecido por la covid-19, pidió el jueves a la sociedad que cuidemos a nuestros cuidadores, es decir, a todos los sanitarios. Se logra evitando hacer en pandemia, sin excepción, lo que no se debe.

Ángel Garcés Sanagustín, doctor en Derecho

Estatuas

Asistimos a la simplificación de los procesos históricos y a su proyección sobre posiciones políticas que integran la realidad actual

Sorprendentemente, persisten seis mil estatuas en la Rusia actual y en sus países satélites erigidas en honor al fundador del régimen soviético, Vladimir Ilich Uliánov, 'Lenin'. Algunas son inmensas, como la de Volgogrado (Stalingrado, entre 1925 y 1961), una escultura de 27 metros de altura aupada sobre un pedestal de 30. Es verdad que las estatuas suelen guardar una cierta proporcionalidad con la extensión del país. La estepa rusa exige monumentos adecuados a su inmensidad. El problema surge cuando se exporta el arte escultórico a otras latitudes. La colonización soviética de Cuba se aprecia en el desproporcionado tamaño de algunas de sus figuras icónicas.

Aunque también puede afirmarse que la altura de las estatuas viene determinada por la extensión y profundidad de las dictaduras que las erigieron. El persistente culto iconográfico a Lenin y Stalin pone de manifiesto quién ha ganado la batalla cultural de la Guerra Fría. En cambio, Occidente vive su peculiar arrebato iconoclasta, del que no se han salvado ni Cristóbal Colón ni Junípero Serra.

En España llevamos tres lustros ya con la memoria histórica, que hoy se denomina democrática. Hemos asistido a sucesos esperpénticos, como el fallido homenaje a Leopoldo Alas 'Clarín', presuntamente fusilado en la guerra. Cabe aclarar que el genial autor de



«Me parezca extraño que se homenajee en Alcañiz a un soviético dispuesto a bombardear Zaragoza»

'La Regenta' murió en 1901, cuando Franco aún no era franquista, pues contaba con 8 años de edad.

Recientemente se ha rendido homenaje, con la inauguración de un monolito, al piloto ruso Ivan Dimitrievich Fomin, muerto en accidente en 1937 en las proximidades del aeródromo caspolino. Comparto los afanes de las asocia-

ciones memorialistas y entiendo el interés de algunos municipios por recuperar retazos de su historia, pero me parece extraño que se homenajee a un soviético dispuesto a bombardear Zaragoza. Espero que el proyecto normativo sobre memoria democrática que se está pergeñando me siga manteniendo en la noble condición de dubitativo discrepante y no me confiera la de peligroso disidente.

En cualquier caso, asistimos a la simplificación de los procesos históricos y su proyección sobre las posiciones políticas que integran la realidad actual. En un ejercicio de reducción al absurdo se reescribe el pasado y se redefine el

presente como la lucha política entre fascistas y antifascistas. ¿Acaso el republicano Melquíades Álvarez, asesinado por una turba de milicianos izquierdistas, era un fascista? ¿Era Buenaventura Durruti, reputado atracador de bancos, un defensor de la democracia parlamentaria? Las partidas revolucionarias que campaban a sus anchas por la España republicana asesinaron a auténticos y pioneros demócratas, como el referido Melquíades Álvarez, fundador del Partido Reformista, en el que militaron intelectuales de la talla de José Ortega y Gasset, Benito Pérez Galdós, Manuel Azaña, Manuel García Morente y Fernando de los Ríos. La propia Clara Campoamor salió huyendo, aterrorizada, de aquel Madrid de las checas y de los 'paseos' al alba.

La vanguardista Cataluña lleva aprobadas ya cuatro leyes relacionadas con la memoria histórica. Pero no es suficiente. Es un objetivo urgente del bipartito catalán, además de la autodeterminación y la amnistía, que el Estado apruebe una nueva ley de memoria democrática para reafirmar su mitología victimista. Con tantas vueltas de tuerca vamos a perder el tornillo del sentido común.

Un grupo del Ayuntamiento de Zaragoza ha declinado participar en un homenaje a Miguel Ángel Blanco, aduciendo razones discutibles, pero respetables. El mismo grupo ha puesto el grito en el cielo cuando se ha propuesto retirar del callejero de esta ciudad las referencias al Che Guevara. Parece que algunos tienen dificultad para distinguir entre las víctimas y los victimarios. Y es que, como ya se ha dicho, qué fácil es ser comunista en un país libre y qué difícil es ser libre en un país comunista. Salvo que se sea comunista, claro.

Antonio López Peláez

Redes para cuidarnos

Nos cuidamos para estar bien, para alcanzar nuestras metas, y también para hacer frente a problemas de salud, de empleo o de cualquier otro tipo. De la salud física a la salud mental, y desde la infancia hasta la senectud, cuidarnos es una parte esencial de nuestra vida. Cuando Byung-Chul Han describe la sociedad del cansancio, el infierno de lo igual o el estrés producido por el ocio, pone de relieve una dinámica relacional en la que el cuidado no es una prioridad. Más aún, nos muestra una sociedad en la que, heideggerianamente hablando, no nos referimos al cuidado porque nuestro lenguaje lo ha invisibilizado.

Somos animales relacionales, que básicamente se cuidan para

sobrevivir. Cuidarse no es solamente atender al débil o al necesitado. Es mucho más. El cuidado implica relaciones de cooperación y apoyo, pero también de educación, de premio y de control. Toda nuestra dinámica relacional está impregnada por el cuidado. Quizás la mejor expresión de esta transversalidad del cuidado podemos verla en las profesiones de ayuda, como el trabajo social, o en los denominados pilares del Estado del bienestar, entre los que se encuentran los servicios sociales.

Desde una perspectiva basada en el trabajo social relacional, podemos describir nuestra sociedad como una realidad relativamente estable generada por un conjunto de interacciones, que puede modificarse en función de

la evolución, cambio o colapso de dichas interacciones. Las redes de interacciones son estables, pueden cambiar a lo largo del tiempo, y tienen consistencia propia. Las redes emergen de las interacciones y a la vez las conforman. La cultura, las redes, las interacciones existen. Por eso la sociedad no puede explicarse solamente como un simple agregado de individuos. Y la pregunta aquí, desde las políticas del cuidado, sería la siguiente: ¿cuáles serían las características de las redes de cuidado? ¿Y de una cultura del cuidado?

Desde mi punto de vista, podemos destacar cuatro características de una cultura del cuidado, que conforman las redes de cuidado en los servicios sociales (y en las profesiones de ayuda): la

primera, la transversalidad (el enfoque del cuidado está presente en cualquier actividad); la segunda, la ciudadanía (el cuidado responde a los derechos de los ciudadanos); la tercera, la permeabilidad (incorporando nuevos usuarios y demandas); y la cuarta, la comunidad (nos articulamos colectivamente para cuidarnos).

Necesitamos cuidarnos para sobrevivir, y esto incluye la ciencia y la tecnología (que han producido las vacunas en un tiempo récord, compartiendo información entre científicos de todo el mundo). Aunque no queramos darnos cuenta, nuestros mayores, nuestros menores, nuestros iguales, y todas las personas inmersas en procesos de movilidad social descendente y de exclusión social, están ahí y demandan nuestra atención. En definitiva, la pandemia de la covid-19 nos ha situado de nuevo en la realidad: solo cuidándonos vamos a ser capaces de afrontar juntos los retos del siglo XXI.

Antonio López Peláez es catedrático de Trabajo Social de la UNED